

Alejandra María Sosa Elízaga

IR A MISA

¿para qué?

Guía práctica
para disfrutar
la Misa



ÍNDICE

Agradecimiento y dedicatoria 7

PRÓLOGO 17

INTRODUCCIÓN

No necesito ir a Misa, 21; No me interesa la Misa, 22; La Misa es un invento de los curas, 22; No voy a Misa porque no siempre estoy de acuerdo con la Iglesia Católica, 23; No voy a Misa porque me choca la jerarquía de la Iglesia, 23; Como los sacerdotes no son ningunos santos, yo no voy a Misa, 23; Voy cuando me nace, 25; No le veo el caso ir a Misa, pues Dios está en todas partes, 26; La Misa me parece demasiada estructura, 27; No tengo tiempo, 29; Si voy a Misa es por pura obligación, 30; Ir a Misa es una aburrición, 31.

UNA INVITACIÓN COMO RESPUESTA... 33

ANTES DE IR A MISA

VACUNA TRIPLE CONTRA EL ABURRIMIENTO EN MISA 35

Primera dosis contra el aburrimiento en Misa, 35; ¿Qué imagen tienes de Dios?, 36; Segunda dosis de la vacuna contra el aburrimiento en Misa, 37; Invitados de Dios, 37; Tercera y más importante dosis de la vacuna contra el aburrimiento en Misa, 39; Cuando vayas a Misa asegúrate de llevar en tu interior, 40; Date una nueva oportunidad, 40.

PREPARANDO EL ENCUENTRO

Llegar a tiempo, ¿para qué?, 41; No sólo hermanos sino amigos, 42; La Iglesia somos todos, 43; La iglesia de los 'otros', 44.

AL LLEGAR A MISA

Hoy como ayer, 48; Usa tus otros sentidos, 48.

ELEMENTOS DISTINTIVOS EN UNA IGLESIA CATÓLICA 49

Sagrario, 49; Altar, 50; Ambón, 51; Crucifijo, 52; Sede, 54.

OTROS ELEMENTOS IMPORTANTES	55
Las velas, 55; Las imágenes, 56; Las flores, 58; El color, 59; Lo feo, 61; Otros elementos más, 61.	
ACERCA DE LA MISA	
Origen apostólico, 63; Origen bíblico, 64.	
EL AÑO LITÚRGICO	65
LAS PARTES DE LA MISA	68
A PUNTO DE INICIAR	
UN VISTAZO A LA SACRISTÍA	71
El sacerdote se reviste, 71.	
COMIENZA LA MISA	
Postura de pie, 76.	
RITOS INICIALES	
PROCESIÓN DE ENTRADA	79
La cruz alta, 79; Los ciriales, 79; El Evangelionario, 80; El incienso, 80.	
CANTO DE ENTRADA	82
Todos a una, 83; Silencio sagrado, 84; Haz cada cosa a su tiempo, 84.	
ANTÍFONA DE ENTRADA	85
REVERENCIA Y BESO AL ALTAR	86
SEÑAL DE LA CRUZ	87
SALUDO INICIAL	89
Otros saludos iniciales, 90; Monición después del Saludo Inicial, 91.	
ACTO PENITENCIAL	92
Señor ten piedad, 97.	

ASPERSIÓN CON AGUA BENDITA 98

GLORIA 99

¿Qué significa eso de ‘gloria’?, 99

ORACIÓN COLECTA 102

Invita a tu cuerpo a orar, 103.

LITURGIA DE LA PALABRA

¿A ti Dios te habla?, 105; Breves palabras sobre la Palabra, 106; ¿Cómo fue que se formó la Biblia?, 107; Antes y después de la Biblia, 108; Una misma Palabra, pero ¿muchas interpretaciones?, 108; La Palabra a través de los siglos, 109; ¿Por qué se incluyó la palabra Misa?, 109; Algunas ideas muy despistadas, 109; Roperazo o regalazo, 110; Todas las respuestas, 111; ¡Psst! ¡No te distraigas! ¡Esto lo dice Dios por ti!, 112; Palabra proclamada en comunidad, 113; Palabra que se cumple, 114; Oportuna recomendación, 115; Como niños..., 116; Sentados, 117; De la sede al ambón, 117; Para abrir el apetito, 118; La Palabra que se proclama, 118.

PRIMERA LECTURA 119

El pasado nos permite entender nuestro presente, 119; Un ‘Antiguo’ que ¡nunca pasa de moda!, 120; El Antiguo Testamento y su relación con Cristo, 121; El Antiguo explica al Nuevo, 121; Historia antigua y no tan antigua, 122.

SALMO RESPONSORIAL 124

¿Qué son los Salmos?, 124; ¿Por qué incluir un Salmo en Misa?, 125; ¿Por qué se llama ‘responsorial’ al Salmo de la Misa? 126; Aclarando dos desconciertos, 128; Orar con los Salmos, 130.

SEGUNDA LECTURA 131

¿Cómo surgió lo que se lee en la Segunda Lectura?, 131; Un puente en el tiempo, 132; ¿Qué sentido tiene la Segunda Lectura?, 133; ¿Cómo fue elegido el texto de la Segunda Lectura?, 135; La Lectura entre semana, 135.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO 138

Dos requisitos para que el Aleluya sí sea aclamación, 138; Prestar la voz a la Palabra, 140.

EVANGELIO 143

Antes de la proclamación del Evangelio, 144; El Evangelio y la imaginación, 146; Conocerlo para amarlo; amarlo para seguirlo, 147; Los Evangelios en la

Liturgia de la Palabra, 147; El cofre del tesoro, 148; Palabra que se celebra, 148; Beso a la Palabra, 150; La Iglesia nos familiariza con la Biblia, 150.

HOMILÍA 152

¿Qué es la homilía?, 152; Sentados, 152; ¿Quién puede decir la homilía?, 153; ¿Para qué sirve la homilía?, 153; Un ‘tripié’ indispensable para aprovechar la homilía, 154; Importancia de la ‘retroalimentación’, 155; La Palabra y tú, 155.

CREDO 156

La fe: un sí a Dios, 156; ¿Qué es el Credo?, 157; De pie, 157; Una sola fe, 158; Público pero personal, 158; ¿En qué creo?, 159.

ORACIÓN UNIVERSAL 163

La eficacia de la oración, 163; ¿Cómo suele hacerse la oración universal?, 164; ¿Qué pedimos?, 164; ¿Qué ganamos orando así?, 165; En todo el mundo y por ‘todo mundo’, 166; Uno para todos y todos para uno, 166; ¡Todo para todos!, 167; No hace falta darle recetas a Dios, 168; ¡Cuidado con lo que pides! te compromete, 168; Si se pide misericordia, hay que darla, 168; Oración, no distracción, 168; Oración de los fieles, 169.

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

Sentados, 172; ¿Qué hay sobre el altar?, 172.

PREPARACIÓN DE LOS DONES 173

¿Por qué la hostia?, 174; Acerca del pan y el vino, 175; Todos somos uno, 176; ¿Y el agua?, 177; ¿Por qué ‘dones’?, 177; No sólo lo recibimos, lo trabajamos, 178; Lo que nosotros presentamos, 179; Un regalo que le encanta a Dios, 179; La colecta, 180; Cómo y cuándo se lleva a cabo la colecta, 181; Otra vez el incienso..., 183; ¿Por qué el sacerdote se lava las manos?, 183; Eso del sacrificio, 184; De pie, 184; Oración sobre las ofrendas, 185.

PLEGARIA EUCARÍSTICA 186

En la variedad está el gusto..., 186; Plegaria eucarística I, 187; Plegaria Eucarística II, 187; Plegaria Eucarística III, 188; Plegaria Eucarística IV, 188; Plegaria Eucarística V (con cuatro variantes), 188; Plegaria Eucarística de la Reconciliación, (con dos variantes), 189; Plegaria Eucarística de los niños (con tres variantes), 190; El orden de los factores no altera el producto..., 190; Prefacio, 191; Santo, 193; Silencio atento y acogedor, 194; Prolongación de la aclamación (vere sanctus), 195; ¿Cuándo arrodillarse?, 195; Invocación al Espíritu Santo (‘Epiclesis’) (También llamada ‘Epiclesis de Consagración’), 196;

Narración de la Institución (de la Eucaristía) y Consagración, 196; No un símbolo sino una realidad, 199; ¿Qué es un ‘memorial’?, 204; Aclamación, 205; Anámnesis (memorial), 206; Ofrecimiento al Padre (oblación), 206; Invocación al Espíritu Santo (sobre los fieles) (también llamada ‘Epiclesis de comunión’), 207; Intercesiones, 208; Conmemoraciones, 212; De parte de quién..., 214; Doxología final (glorificación, alabanza), 215; Amén solemne, 217.

RITOS DE LA COMUNIÓN 220

El Padrenuestro (ver Mt 6,9-12), 220; ¿Y qué hacemos con las manos?, 222; Embolismo (ver Jn 17,14; Hb 4,16; 1Ts 5,23; 1Jn 2,28), 234; Doxología (ver 1Cron 29,10-11; Ap 1,6; 4,11; 5,13), 235; El rito de la paz, 236; Darnos la paz, 239; Fracción del Pan (ver Hch 2,42. 46), 241; Inmixtión o mezcla, 242; Cordero de Dios (ver Jn 1,29; 1Pe 1,19), 243; Preparación para la Comunión, 245; Invitación a la Comunión, 246; Comulga el sacerdote, 248; Canto de Comunión, 249; Antífona de la Comunión, 250; Antes de comulgar, 251; ¿Qué se necesita para poder comulgar?, 251; Comunión espiritual: siempre posible, 253; Para esos instantes previos a comulgar, 253; Al comulgar, 255; Verdadera comida y verdadera bebida, 256; Comunión: unión consumada, 258; ¿Quién da la Comunión?, 259; ¿Cómo se recibe la Comunión?, 260; Luego de comulgar, 261; ¿Qué sucede con los cálices y copones?, 262; Silencio sagrado, 263; ¿Por qué no basta una sola Comunión?, 263; Oración después de la Comunión, 264.

RITO DE CONCLUSIÓN

Avisos, 265; Saludo final, 266; Bendición, 266; Despedida (envío), 269; Salida, 271.

TRES ÚLTIMAS RECOMENDACIONES 273

CONSIDERACIONES FINALES

Oración de la autora sobre la Eucaristía, 279.

ANEXOS 281

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS BIBLIOGRÁFICAS 313

PRÓLOGO

El texto que tienes ahora en las manos, surgió a raíz de unas charlas sobre la Misa. Los asistentes tenían tantas dudas, tantos deseos de aclarar malentendidos, que resultó evidente que a pesar de nuestra aparente familiaridad con esta celebración -a la que se supone que, cuando menos, desde que hicimos la Primera Comunión hemos estado asistiendo como mínimo cada ocho días- hay todavía muchas preguntas y confusiones, que han provocado que, en relación con este tema, los creyentes se dividan en un variado menú, entre los que se cuentan:

1. Los 'inasistentes', que ya no van a Misa ni por equivocación. (Este grupo se divide en alejados, indiferentes, enojados, decepcionados y desinformados, cada uno de los cuales tiene distintas aunque parecidas razones para no acudir).
2. Los 'fiesteros', que van sólo cuando hay 'fiesta' (Bautismo, boda, 'quince años', aniversario, etc).
3. Los 'sentimentales', que van sólo cuando 'les nace'.
4. Los 'cumplidores', que van sólo por 'obligación'.
5. Los 'miedosos', que van 'por si las moscas', no sea que si faltan Dios se enoje y se desquite...
6. Los 'chantajeados', que van porque si no, se enojan sus papás, la esposa, la novia, los critica la suegra, etc.
7. Los 'espectadores', que sólo van a ver lo que otros hacen, y exigen que la 'función' sea buena: que 'el padrecito' predique bien, que los lectores no se equivoquen, que el coro cante bonito y, por supuesto, que todo termine pronto.
8. Los 'turistas', que ni se enteran de lo que sucede pues se la pasan viendo el techo, los vitrales, las imágenes, el suelo, las flores, a los que pasan, a los que llegan tarde, etc.
9. Los 'visitantes del ratito', que dicen que ya que Dios hace ¡tanto! por ellos, es justo visitarlo un 'ratito' a la semana (pero sólo un ratito, ¿eh?).

10. Los ‘acostumbrados’, que posiblemente van diario, pero han caído en la rutina.
11. Los ‘piadosos despistados’, que se la pasan en Misa rezando Rosarios, novenas, viacrucis; que tienen mucha devoción pero no saben bien a bien a qué van. Y, por último:
12. Los que participan con gusto, y están dispuestos a profundizar en este sacramento para vivirlo mejor.

¿A cuál de estos grupos perteneces tú?

Para todos ellos fue escrito este libro.

Es un libro para que los que no asisten encuentren una razón para acercarse de nuevo; los fiesteros descubran qué es lo que hay que celebrar; los sentimentales se dejen seducir; los cumplidores le agarren el gusto; los miedosos y chantajeados se liberen de sus aprensiones; los espectadores se desengarroten; los turistas aprendan a ver más allá de lo aparente; los visitantes del ratito averigüen que el amor no tiene reloj; los acostumbrados se despabilen; los piadosos despistados recuperen la brújula y, finalmente, los fieles de buena voluntad reciban quizá algo que los enriquezca y refuerce el gozo con el que asisten.

Es un libro a través del cual alguien que disfruta profundamente la Misa, quiere compartir este sentimiento con otros, hacer eco en otros corazones.

No se trata de una obra dogmática, llena de profundas disertaciones que nadie, ni quien las escribe, entiende. No pretende dar cátedra ni descubrir el hilo negro. Es simplemente un intento, modesto y ambicioso a la vez, de dar alguna respuesta a los más comunes interrogantes que la gente se plantea en relación con la Misa: ¿Qué es?, ¿de qué se trata?, ¿cuál es la explicación de lo que ahí sucede, los símbolos, los ornamentos, las lecturas, las oraciones, etc?, ¿por qué hay que ir?, ¿qué pasa si no voy?, ¿es posible que logre disfrutarla?

Las iglesias están demasiado llenas de fieles que no tienen ni idea de lo que hacen ahí.

Son las mamás que se la pasan regañando o viendo impávidas jugar, correr o aullar a sus niños; los papás con cara de ‘no-vine-me-trajeron’ que se entretienen haciendo ruido con el llavero; los adolescentes que van para que en su casa les den permiso de irse de fiesta, y se la pasan recargados lánguidamente en la pared cerca de la puerta en actitud de ‘en sus marcas, listos, fuera’ para ser los primeros en salir; son los novios que se la pasan cuchicheando, felices de poder ir a algún lado sin chaperón; los familiares

que llevan a su viejito o viejita, y aguantan la ceremonia con mal disimulada impaciencia, consolándose con el pensamiento de la paleta helada o el elote que piensan comprarse a la salida; son los 'fieles' que siempre llegan tarde para que el ratito que pasan ahí no se les haga tan largo.

Para todos ellos la Misa es ritual mágico, imposición divina, fastidio, castigo, prueba, cruz, latoso pago en abonos que liquida cada semana el boleto de entrada al cielo.

Esto no puede seguir así.

Es hora de hacer algo para vaciar las iglesias de los que asisten sólo 'de cuerpo presente', aburridos y agobiados, y llenarlas de auténticos fieles que celebran porque le han encontrado el verdadero sentido a la Misa, porque han vencido sus resistencias, sus prejuicios, incluso sus lastimaduras, sus malas experiencias pasadas y han descubierto que en la mesa del Pan y la Palabra, su Padre les ha reservado un sitio muy especial junto a Él.

Este libro no pretende tener todas las respuestas ni ser varita mágica que lance en tropel a sus lectores a Misa (aunque pensándolo bien, esto último no estaría nada mal...).

Sólo aspira a ser, y le pido a Dios que lo consiga, algo tan pequeñito pero tan útil como una llave, que te ayude a ti a animarte a entrar en la casa del Padre, que es también tu casa, y a no sentirte nunca más un extraño, sino a encontrar en ella refugio y paz, fortaleza y luz, consuelo y esperanza, pues aquí se halla Aquél que te ama desde siempre y por siempre te espera con los brazos abiertos.



ANTES DE IR A MISA

Como parece ser que la razón más mencionada para no asistir a Misa es que las personas temen que les dé aburrimiento (que suele ser muy contagioso y lo hace a uno cabecear, babear y roncar en el momento más inoportuno), a continuación se ofrece un remedio de probada eficacia:

VACUNA TRIPLE CONTRA EL ABURRIMIENTO EN MISA

Así como antes de ir a un lugar donde uno puede contagiarse de cierta enfermedad se pone una vacuna, se sugiere a los lectores que temen que les dé aburrimiento en Misa, que antes de ir a Misa se apliquen una buena dosis de la vacuna triple que se les ofrece a continuación: no duele nada, no saca ronchas, es gratis y, lo mejor de todo: no provoca otra reacción secundaria que la de mejorar muchísimo su capacidad de aprovechar y disfrutar la Misa...

1. Primera dosis de la vacuna contra el aburrimiento en Misa

Sé consciente de que no vas a un sitio cualquiera, o a pasar lista (y a 'pasarla' mal), sino al encuentro con Alguien.

Ir a Misa no es ir a un edificio más o menos lleno de gente a cumplir el requisito de realizar una serie de ritos. Es ir a encontrarse con Alguien. Decía Paul Claudel, el famoso poeta francés: 'Te me volviste Alguien', para significar que él tuvo una auténtica conversión cuando Dios dejó de ser para él una mera 'idea' nebulosa y lo descubrió como un Ser cercano, personal...

Pues bien, la Misa te permite encontrarte con ese Alguien de un modo extraordinario, de un modo que por ti mismo jamás podrías conseguir, de un modo que sólo a Él en su infinita sabiduría e imaginación podía ocurrírsele. Considerar la Misa un ritual vacío es perderse ese encuentro.

Ahora bien, si la idea de encontrarte con Dios no te resulta para nada atractiva, pregúntate:

¿Qué imagen tienes de Dios?

Si crees que Dios es, como se comentaba antes, una especie de director de escuela, castigador, que te espera en la puerta para pasarte lista y que tiene anotado en un cuaderno tus faltas, tus retardos, tus 'taches' para ver si te reprueba un día y te manda al infierno, ¡jurge que te deshagas de esa idea falsa que seguramente te ha hecho daño y te ha quitado las ganas de relacionarte con Él! Para ello resulta más que recomendable, indispensable, que te detengas un momento y leas completito el capítulo 15 del Evangelio según San Lucas, en el cual Jesús, que afirmó que nadie conoce al Padre sino él, da un retrato exacto de Dios: un Dios de amor, de misericordia, que no se cansa de salirte al encuentro, que está siempre dispuesto a rescatarte y cuando por fin te recupera ¡hace fiesta!

Si tu imagen de Dios no es la de un dictador cruel, pero sí la de Alguien altísimo, lejanísimo, que creó el mundo y se desentendió y no se ocupa para nada de ti, échale un vistazo a esos textos del Evangelio en los que Jesús enseña que Dios es un Padre, más aún, Papi, Papito, que te ama con amor infinito independiente de tus méritos, nunca se olvida de ti y jamás le resultas indiferente (ver Lc 11,2.13; 12,29-30). Y lee en el Salmo 139 cómo su mirada amorosa te sigue dondequiera.

Gozamos de un privilegio extraordinario: Dios se nos ha hecho cercano, se ha puesto al alcance de nuestra mano y nos llama y nos invita a estar con Él. Desgraciadamente no siempre apreciamos lo que eso significa. Hemos perdido nuestra capacidad de asombro. Sólo los grandes avances tecnológicos o las grandes tragedias nos hacen parpadear, y eso sólo unos segundos, porque en seguida lo asimilamos todo y lo olvidamos.

Tener a Dios entre nosotros ya no nos conmueve, no nos estremece saber que el Autor del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible nos ama, te ama. Es inaudito. Sólo al hombre se le ocurre responder con flojera, con hastío al llamado de su Creador. No acabamos de aceptar la conmoción interior que supone saberse amado hasta el extremo por un Dios que con todo y ser Omnipotente, se interesa por ti, se mantiene pegadito a tu lado, te lleva siempre en la palma de su mano y está siempre dispuesto a colmartarte de gracia y de ternura (lee el Salmo 103).

Cuando por fin descubras a ese Dios cercano que te ama, estarás en disposición de responder a la invitación que te hace. Entonces descubrirás

que ir a su encuentro no es aburrido, rutinario, molesto, sino todo lo contrario, y no irás a Misa con actitud de ‘aquí vengo a hacerles el favor’ ni se te ocurrirá usarla para chantajear a tu mamá o a tu pareja: ‘si me haces enojar no voy a Misa, ¿eh?’, sino que irás con las manos abiertas para recibir todo lo que Dios tiene guardado para regalártelo específicamente a ti...

2. Segunda dosis de la vacuna contra el aburrimiento en Misa

Siente que todo lo que ahí veas, oigas, recibas, fue preparado especialmente para ti.

No dejes que la numerosa concurrencia te haga sentir ‘masa’, un ‘número’ más, no pienses que porque hay tanta gente Dios ni se entera de que estás ahí. ¡Claro que se entera! Está pendiente de ti, su mirada te destaca entre la multitud y si faltas le dejas un vacío que no llena con nadie más.

Piensa que si fueras el único asistente, la Misa se llevaría igualmente a cabo, por ti. Siéntete como lo que eres, el invitado de honor, y piensa que todo lo que ves, oyes, recibes, está especialmente pensado para ti. Las flores están ahí para ti; la Palabra que ese día se proclama, se proclama como respuesta especial para lo que te está pasando a ti; las oraciones se hacen por ti.

Tu Padre tiene un lugar reservado para ti en este banquete. No importa si a la Misa asisten miles. Él te espera a ti, y por ti lo ha dispuesto todo: como un enamorado que prepara una cena en casa para quien ama y pone flores, velas encendidas, música, el mantel largo, la vajilla especial...

Invitados de Dios

En el Evangelio con frecuencia se nos describe a Jesús sentado a la mesa con la gente. En Oriente el sentarse a la mesa con alguien significa mucho: expresa deseo de compartir, de fraternizar, de hacer al otro parte de lo que soy y tengo, establecer con él una comunión. Es notable entonces que Jesús elija sentarse a la mesa con toda clase de personas y en toda clase de situaciones. No le importa si lo invitan con buena voluntad o con ganas de ponerle un ‘cuatro’. No le importa sentarse con pecadores, con gente de ‘mala fama’. No le preocupa que lo atiendan bien o mal, lo que le importa es sentarse a la mesa, compartir con otros lo que él es. Y en esas ocasiones siempre aprovecha para dar una enseñanza que enriquezca a los otros comensales.

¿Recuerdas alguna de las escenas en las que vemos a Jesús a la mesa? Echa un vistazo a lo que sucedió en casa de Leví (ver Mc 2,15-17); en casa de un fariseo (ver Lc 7,36-50); en casa de Martha y María (ver Lc 10,38-42); en casa de Zaqueo (ver Lc 19,1-10); en la Última Cena (ver Lc 22,14-15); y después de la Resurrección (ver Lc 24,41-43).

Es curioso ver cómo por lo general hay tres clases de comensales en estos banquetes: los que se quedan fuera y critican; los que están presentes pero ni se enteran de lo que pasa y los que están junto a Jesús y se muestran abiertos, receptivos, dispuestos a recibir lo que él les ofrece.

Si paseamos la vista por la asamblea dominical nos daremos cuenta de que estos personajes se han salido de las páginas del Evangelio y ocupan las bancas a nuestro alrededor:

Así, también en la Iglesia encontramos esas tres clases de personajes:

1. Los que se quedan fuera

Van de malas, se quedan atrás, parados, recargados en la pared, esperando que todo termine rápido. No les gusta cómo habla el padre, los fastidia que cante el coro, les parece que la Misa tarda demasiado... Asisten con una especie de 'paraguas', refractarios a todo lo que ahí sucede...

2. Los que ni se enteran

Van a Misa porque es su ratito para salirse de su casa y tener un poco de calma. Aprovechan para rezar sus devociones privadas y estar en paz. Van a platicar con su Dios y lo que sucede al frente o junto a ellos les tienen sin cuidado.

3. Los que se involucran

Disfrutan sabiéndose hijos del Padre y hermanos de quienes los rodean, miembros de una comunidad. Van con el corazón abierto, dispuesto a recibir lo que Dios quiera darles.

Reflexiona:

¿A qué grupo perteneces tú? ¿Por qué?

Considera esto: como invitado de honor de este banquete, estás llamado a disfrutar de todo lo que el Anfitrión ha preparado para ti.

¡Aprovéchate!

Hay un cuento de hadas que cuenta la historia de una muchacha que vive en un castillo cuyo dueño no quiere dejarse ver, pero cada noche

dispone para ella toda clase de golosinas y platillos deliciosos, en una vajilla hermosa, con flores frescas junto a su plato. Con ello quiere expresarles su amor, su alegría por su presencia en su castillo.

Del mismo modo, que la mesa que Dios dispone frente a ti te hable de Su amor por ti y del gozo infinito que le diste al aceptar Su invitación...

3. Tercera y más importante dosis de la vacuna contra el aburrimiento en Misa

No vayas solamente a oír y repetir.

El otro día me preguntaba un amigo que si no me aburría oír siempre lo mismo en Misa, las mismas oraciones, las mismas palabras. Le respondí: si sólo fuera yo a 'oír', sí sería ¡aburridisisisisisisisisisisisimo! Podría decir, como esos cinéfilos que ya vieron tanto una película que se la saben de memoria: 'ahorita va a decir esto' (y sí, en efecto lo dice); 'ahorita va a hacer esto' (y sí, en efecto lo hace). Someterse domingo tras domingo -peor aún diariamente- a semejante repetición parece cosa de locos. ¡Ah! pero si uno no va solamente a oír lo que ya ha oído millones de veces, sino que, como decimos en México, 'le pone de su cosecha' a lo que oye, ¡la cosa cambia completamente!

Si en Misa yo me limito a oír y repetir fórmulas 'de dientes para afuera', todo me parece una especie de fastidiosa obra de teatro que, para mi gusto, ¡ya lleva demasiado tiempo en cartelera! Pero si, por ejemplo, cuando oigo: 'demois gracias a Dios' y respondo: 'es justo y necesario,' no nada más oigo y respondo, sino acojo en mi interior esa invitación a dar gracias y recuerdo algo específico que me sucedió ese día, o esa semana, y aprovecho para darle gracias a Dios por ello, entonces las palabras dejan de ser una especie de cáscara vacía y se vuelven fruto sabroso, que tiene sabor, sentido para mí.

La propuesta concreta que este libro quiere hacerte es que nunca más vayas a 'oír' Misa, sino que ¡participes en ella!, que relaciones cada frase, cada oración, cada lectura, con lo que te sucede a ti, con lo que tú traes en el corazón, porque sólo así la Misa dejará de ser 'aburrición' para volverse medio de reunión entre tú y tu Señor.

El mejor antídoto contra el aburrimiento es la participación, es saber que lo que sucede allá adelante sucede también aquí adentro, en el propio corazón. No es sólo asunto de saber lo que sucede, sino de que tenga sentido para mí.

¿Cómo lograr esto?

Cuando vayas a Misa asegúrate de llevar en tu interior

1. Algo por lo que quieras alabar a Dios.
2. Algo por lo que le debas pedir perdón.
3. Algo que le quieras preguntar.
4. Algo que le quieras pedir para ti.
5. Algo que le quieras ofrendar.
6. Algo que le quieras agradecer.
7. Intenciones por las que quieras orar.
8. Algo que le quieras platicar.
9. Algo que le quieras prometer.

De ese modo jamás te distraerás ni aburrirás, porque en cada paso de la Misa tú tendrás algo personal que aportar.

Cuando el sacerdote alabe a Dios, tú unirás a su alabanza la tuya; cuando se hagan las ofrendas, tú tendrás algo propio que ofrendar; cuando se recuerde a los difuntos, tú sabrás a quiénes poner en las manos amorosas de Dios, y así sucesivamente...

Tener cosas personales que estar aportando continuamente a lo largo de la Misa, no sólo sirve para mantener despierto tu interés, sino que también te va sensibilizando para percibir cómo Dios se hace presente en tu vida y cómo responde a tus necesidades e inquietudes. Es tomar en serio lo que dijo Jesús: *“Pidan y se les dará; busquen y hallarán; llamen y se les abrirá”* (Lc 11,9), y puedes tener la certeza de que recibirás lo que realmente necesitas; encontrarás lo que quizá ni sabías que habías perdido; entrarás y descubrirás que estás en casa...

Date una nueva oportunidad...

¿No te ha pasado que has vivido en cierto lugar del que crees conocer todo, del que quizá no esperas ya nada nuevo y de pronto llega un amigo tuyo de ‘turista’ y te pide que lo acompañes a hacer algunos recorridos, y a su lado aprendes a mirarlo todo con otros ojos y a descubrir riquezas ahí donde creías que no había nada?

Pues lo mismo puede sucederte en relación con la Misa. No importa si has asistido toda tu vida o nunca, si tu experiencia ha sido buena, mala o nula, a partir de este momento te invito a dejar atrás preconceptos, desconfianzas, resistencias y a acompañarme a recorrer cada parte de la Misa, de principio a fin, como si fuera la primera vez, con un corazón no de turista, sino de peregrino, dispuesto a descubrir -o redescubrir- el tesoro que no sólo enriquecerá tu participación en Misa, sino tu vida entera...

PREPARANDO EL ENCUENTRO

Cuando sabes que vas a ir a comer con alguien muy especial para ti, a quien quieres mucho, quizá te preparas para ese encuentro: te organizas para llegar a tiempo; piensas qué quieres platicarle, quizá incluso planeas qué te pondrás.

Con la Misa sucede igual. Sabes que vas a encontrarte con Alguien muy especial, que te ama y a quien amas, así que conviene que te prepares para esa cita:

Llegar a tiempo, ¿para qué?

Es muy común que la Misa comience con menos de la mitad de los asistentes y que éstos vayan llegando a lo largo de toda la celebración. Algunos incluso llegan ya nada más para que les den ¡la bendición! Sin embargo, esos mismos feligreses que jamás llegan a tiempo a Misa ('¡es que por más esfuerzos que hago ¡no lo logro!', '¡algo se me atraviesa!', '¡no es mi culpa!'), se vuelven milagrosamente puntuales cuando se trata de ir al cine o simplemente de encender a tiempo su televisor para ver su programa favorito.

¿A qué se debe esto? Podría decirse que una motivación para la puntualidad es el interés que se tiene en no perderse algo que es importante para uno. Si siempre llegas tarde a Misa porque no te interesa llegar temprano, no sabes bien a bien a qué vas -y por eso procuras atrasar y achicar lo más posible el rato que pasas ahí-, y piensas que a nadie le importa si llegas tarde o no, pues crees que para 'cumplir el precepto' basta con pasar lista aunque sea a último minuto, considera esto: Ir a Misa no significa entrar a un edificio lleno de gente a decir: '¡presente!' para que Dios no se enoje contigo. Es, en primer lugar, aceptar una invitación personal que Él te hace a ti, acudir a encontrarte con Él.

Si una chica supiera que su novio, del cual está muy enamorada, le prepara una cena súper especial en su casa, no querría dejarlo esperando; en primer lugar, por las ganas que ella misma tendría de verlo, pero además porque se

imaginaría que él estaría cuidando todos los detalles, reacomodando mil veces las cosas para que se vean mejor, recogiendo una basurita, poniendo una flor en la mesa, ajustando el volumen de la música, mirando el reloj y checando la ventana una y otra vez, a ver si la ve venir... Eso la conmovería y no querría hacerlo esperar, ni tendría corazón para llegar sólo al poste, comerlo a la carrera y salirse después corriendo.

Si visualizas la Misa no como el tener que ir a un lugar donde nadie se entera ni se preocupa de tu llegada, sino como una cita con Alguien que te espera impaciente porque le encanta verte y estar contigo, y ha estado asomándose a ver si te ve venir, entonces harás todo lo verdaderamente posible por llegar a tiempo...

Por otra parte, solemos vivir en un mundo que nos obliga a andar de prisa y nos bombardea constantemente con estímulos visuales y auditivos, y quizá antes de venir a Misa estuvimos expuestos al radio, televisión, tráfico, claxonazos, malhumor de propios y extraños, etc. y muy posiblemente nos sentimos tensos, nerviosos, dispersos, con mucho barullo en nuestro interior, por lo cual resulta delicioso organizarse para poder entrar a la iglesia unos minutitos antes de que empiece la Misa y disfrutar el ambiente de paz y silencio, y aprovechar para relajarnos de todo el acelere que traemos, respirar profundo, aquietarnos, silenciarnos interiormente, dejar fuera pendientes y preocupaciones y alistarnos para participar en la celebración con un corazón bien dispuesto...

Si andas corre y corre todo el día, con miles de cosas que hacer y pendientes que se acumulan unos sobre otros, podrías pensar que no tienes tiempo que 'perder' llegando a Misa un rato antes de que empiece, pero es justamente ese rato el que puede ayudar a equilibrarte y darte la paz que necesitas para hacer contrapeso al exceso de actividad en el que vives, y tener la actitud serena y receptiva para aprovechar al máximo los regalos que estás a punto de recibir...

No sólo hermanos sino amigos

Para Jesús era muy importante tener una comunidad. Desde el inicio de Su ministerio público formó un grupo de discípulos con los que compartía todo, y Sus enseñanzas nos hacen darnos cuenta de que formamos parte de una comunidad: somos ovejas del Buen Pastor; sarmientos de la Vid; hijos del Padre nuestro...

Quizá no valoramos la importancia de pertenecer a una comunidad sino hasta que la necesitamos y sentimos el consuelo de saber que en la iglesia hay amigos con los que podemos contar para que nos sostengan

en momentos difíciles; para que oren por nuestras necesidades; para compartir nuestra fe, dudas, tropezones, luchas, nuestro caminar y el de nuestra familia; amigos que están ahí en las buenas y en las malas, orando con nosotros tanto en una fiesta como en un hospital o en una funeraria, acompañándonos durante la vida, la enfermedad, las dificultades, la muerte de seres queridos.

Atrévete a experimentar el gozo de pertenecer a una comunidad de amigos que tienen en común la misma fe, los mismos valores morales y espirituales. Es algo que te enriquecerá a ti y a tu familia. No tienes que ir lejos para encontrarlos: están en tu propia iglesia. Son esos desconocidos a los que ves cada semana; si te das la oportunidad pueden luego ser ‘conocidos’ a los que saludas al llegar; después quizá ‘cuates’ con los que charlas un poco en el atrio a la salida o durante algún evento eclesial o al compartir algún servicio, y al final pueden convertirse en tus mejores amigos, personas con las que puedes establecer una amistad cimentada en Dios que atesorarás toda la vida. Así conseguí a algunos de mis mejores amigos. ¿No te gustaría conseguir así a los tuyos también?

La Iglesia somos todos

Decimos que la Misa sucede en la iglesia, lo cual es exacto, aunque no significa lo que mucha gente supone.

Solemos llamar ‘iglesia’ el edificio, el templo, la construcción, pero en estricto sentido el término ‘iglesia’ no se refiere a una construcción con paredes y techo (aunque como el uso popular ya le dio este significado, se usará a veces así en este libro). ‘Iglesia’ viene del griego ‘*ekklesia*’ que significa asamblea, reunión. En el Nuevo Testamento con frecuencia se habla de ‘iglesia de Dios’ (ver 1 Cor 1,2; 1Tim 3,5) o de Cristo (Rom 16,16).

Iglesia significa: ‘asamblea convocada por Dios’

Y sí, la Misa tiene lugar en la iglesia, es decir, en la reunión de fieles que acuden no porque tenían ganas de pasar un rato juntos pues son vecinos o ‘cuates’, sino porque responden a una convocatoria de Dios. Él es quien los ha invitado.

Eso significa que lo importante no es el edificio, por grande, hermoso o impresionante que sea, sino cada uno de los que forman la iglesia, la asamblea, es decir: tú.

Tú eres importante, necesario, indispensable para formar la Iglesia

Un amigo comentaba que muchas personas van a Misa como si fueran al cine: como si al frente hubiera una gran pantalla que sólo se sientan a contemplar -esperando que la función sea buena- sin que jamás se les ocurra que pueden abandonar su papel de meros espectadores, y atreverse a participar.

Pero tu participación es esencial para poder realizar la liturgia de la Misa. ¿Qué significa 'liturgia'? Liturgia significa: acción cultural de la Iglesia.

Acción:

Un acto que se realiza, que se lleva a cabo.

Cultural:

Que rinde culto a Dios.

De la Iglesia:

Asamblea fundada y convocada por Dios.

Es importante tener presente que aunque la liturgia es una acción cultural de la Iglesia, y todos los bautizados formamos la Iglesia, nuestra liturgia no le pertenece a nadie como individuo, sea sacerdote o laico, por lo cual nadie puede alterarla a voluntad, quitar o añadir lo que se le ocurra, simplemente adentrarse en ella, como en un mar que le permite navegar con otros al encuentro del Señor. Y en ese sentido, cabe notar que la participación de todos es importante: todos somos responsables de que las cosas salgan bien o mal durante la Misa.

La iglesia de los 'otros'

Un sacerdote realizó un 'sondeo' entre sus feligreses. Les pidió que anotaran y depositaran anónimamente en un buzón, todas las críticas que tuvieran en relación con la Misa dominical.

Resultó que la gente tenía ¡mucho! que criticar: que si los lectores leían mal, que si el coro no era bueno, que si la homilía había sido demasiado larga, etc. etc. El padre dijo que no lo sorprendía descubrir tantas quejas de la gente, sino que sólo se quejaban ¡de los demás! A nadie se le ocurrió decir: 'siempre llego tarde'; 'voy de malas'; 'me quedo callado y con los brazos cruzados'. Solemos culpar a otros de lo que nos choca de la Misa; quién sabe si ellos tendrían también muchas quejas de nosotros ('me distrae

porque entra tarde y taconeando'; 'se la pasa platicando'; 'nunca sonrío ni da la paz'; 'no responde ni participa'; 'se echa a dormir'...).

Así como ves a otros en la iglesia, otros te ven a ti. ¿Qué imagen proyectas? ¿Qué ambiente creas? No esperes a recibir para dar. Aporta tú lo que te gustaría encontrar en la asamblea (calidez, atención, participación, etcétera).

Aplica la llamada 'regla de oro' de Jesús (ver Mt 7,12) y trata a los demás como te gustaría que te trataran; comprométete tú como te gustaría que otros se comprometieran, en fin, aporta tu granito de arena y recuerda que el Reino se construye a partir de algo tan insignificante como una semillita de mostaza, así que cualquier cosa que tú hagas para ayudar a mejorar tu comunidad cuenta, nada es demasiado poco. Tu sonrisa, tu actitud devota, tu ánimo pueden motivar a quien menos te imaginas. Recuerdo una ocasión en la que al llegar a Misa entre semana, encontré la iglesia llena de niños de primaria que celebraban el fin de cursos. No había lugar y me tuve que quedar parada al fondo del templo, detrás de un verdadero mar de cabezas que se agitaban, charlaban, reían, etc. Me sentía incapaz de concentrarme con tanto alboroto y ruido. Entonces miré hacia la derecha, y del otro lado de la iglesia, parada como yo junto a una columna estaba una amiga mía que había cerrado los ojos para no distraerse y se veía ¡tan en paz! Decidí imitarla, cerré los ojos y pude meterme en la celebración y disfrutarla.

Este ejemplo sirve para afirmar que nuestra actitud en Misa es contagiosa. Si vamos de malas, llegamos tarde, entramos con cara de que queremos matar a alguien y nos la pasamos suspirando porque se acabe, jugueteando con el llavero, haciendo ruido -o permitiendo que nuestros niños lo hagan- mascando chicle o comiendo algo, distraídos y recargados en actitud indolente contra una pared, los que nos ven pueden empezar a imitarnos (sobre todo si son de nuestra familia). En cambio, si procuramos mantener una sonrisa (la alegría nunca está reñida con la devoción), saludamos a quien nos encontramos al llegar, y conservamos una actitud respetuosa y receptiva durante toda la celebración, eso no sólo hará que quienes estén a nuestro alrededor se sientan motivados a tener también una buena actitud, sino que nos ayudará a nosotros mismos a participar mejor en la celebración. Además no olvidemos que somos invitados de honor de nuestro Padre. ¿Cómo se te ocurre que puedas corresponder mejor a su invitación y a la alegría con que te espera y te ve llegar?

AL LLEGAR A MISA

Al llegar a la iglesia detente un instante para dejar que te envuelva la atmósfera especial que se respira aquí.

Considera esto: entrar a una iglesia no es como entrar a cualquier lugar donde se reúne la gente. Es entrar a un lugar en el que percibes de manera especial la presencia de Dios; un lugar en donde te sientes como transportado a otra dimensión, en la que puedes vivir hoy el ayer y el mañana, y participar de algo en lo que han participado todos los miembros de la Iglesia desde el inicio del cristianismo; un lugar en el que te sientes hermanado con todos los creyentes que están y han estado ahí antes que tú, en ese mismo lugar en el que ahora estás, y, como tú, han orado, dado gracias o intercedido por alguien. Y no sólo con ellos: cuando entras a la iglesia se percibe de una manera especial la ‘comuni3n de los santos’: te sientes en compa1a de todos los creyentes de todos los tiempos. ¿Te imaginas? Así como tú entras ahora a Misa, entraron los ap3stoles, San Agust3n, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de 3vila, Santa Teresita del Ni1o Jes3s, y todos tus santos favoritos, y no sólo los conocidos, tambi3n los an3nimos: participas de algo de lo que han participado todos los hombres y mujeres en la historia de la cristiandad, tus hermanos y hermanas mayores en la fe, y todos ellos est3n ah3 contigo acompa13ndote e intercediendo por ti. ¡Siente su abrazo!

Mi abuelita hizo la Primera Comuni3n en la parroquia a la que suelo ir a Misa y me conmueve pensar: ‘¡qu3n le hubiera dicho a aquella ni1a que m3s de un siglo despu3s una nieta suya se sentar3a en su misma banca y participar3a de la misma Comuni3n! Imagina cu3ntos Bautismos, Matrimonios, Misas de difuntos, aniversarios, se han celebrado en tu iglesia por tus seres queridos, o familiares que quiz3 ni conociste pero con los que te une la misma fe.

Entrar aqu3 inunda tu alma de paz y de luz; es algo tan especial que incluso hay personas no creyentes que cuando tienen problemas y buscan

un sitio que les ofrezca refugio y consuelo vienen a sentarse un momento en una banca y a dejar que su espíritu se sosiegue en este ambiente de silencio y quietud.

Hoy como ayer

Tómate un tiempo para contemplar tu iglesia como por primera vez. Desde antes de entrar: mira la fachada, lo que la rodea, el interior. Esta iglesia tuya es la tataratataratataranieta de la primera iglesia que se construyó, ¿habías pensado en eso? Como sabes, al inicio del cristianismo, los creyentes cristianos eran perseguidos, por lo cual se reunían en pequeños grupos en las casas de miembros de la comunidad. En el año 313 el emperador Constantino -que se convirtió al cristianismo- cesó la persecución contra los cristianos y el número de éstos creció desmesuradamente. Ya no era posible reunirse en las casas, había que construir un lugar especial donde poder realizar el culto y las celebraciones. Así surgió la primera ‘basílica’ (la de San Juan de Letrán, en Roma), y luego todas las demás iglesias, incluyendo ésa a la que tú asistes. Lo interesante es que a pesar de tantos siglos transcurridos, las iglesias de los primeros cristianos y las nuestras tienen los mismos elementos esenciales. Veamos cuáles son, pero antes, un consejo:

Usa tus otros sentidos...

Decía un sabio sacerdote que a la iglesia hay que ir con los sentidos en ‘estéreo’, es decir, que con los ojos físicos veamos una cosa y con los ojos del alma veamos mucho más; que con los oídos físicos oigamos unas palabras y con los oídos del alma escuchemos al Señor; que vayamos más allá de lo evidente para percibir la presencia de Dios en todo lo que nos rodea.

Estamos en la casa de nuestro Padre Dios, y así como cuando entras a casa de alguien y te pones a curiosear descubres mucho acerca de esa persona por las cosas que tiene en su casa (y aún más, averiguas lo que significas para esa persona cuando ves la importancia que le ha dado a las cosas que le has regalado, o ves que tiene una foto tuya puesta en un lugar especial), así sucede aquí. Echa un vistazo y descubre, en todo lo que hay aquí, lo importante que eres tú para Dios.

ELEMENTOS DISTINTIVOS EN UNA IGLESIA CATÓLICA

Sagrario

Empotrado en la pared -en cuyo caso sólo se le ve la puertita- o colocado en algún sitio destacado, en cuyo caso se ve como una caja colocada sobre una base o columna, es el lugar más sagrado, donde se conserva el copón que contiene las Hostias Consagradas, Presencia Real de Jesucristo entre nosotros. Para indicar esta Presencia, cerca del Sagrario hay siempre una luz encendida, ya sea de una lamparita de aceite o eléctrica (la luz de esta última suele simular una llamita).

El Sagrario es prueba palpable de que Jesús sí es el 'Emmanuel', el Dios-con-nosotros. ¿Te has puesto a pensar en lo que significa que Dios esté aquí, en este Sagrario, dentro de tu iglesia, en tu barrio?



Cuenta un sacerdote que durante las terribles inundaciones que provocó el huracán Mitch en Centroamérica, él estaba participando en las tareas de rescate y de ayuda a los damnificados. Un día estaba viendo pasar el tremendo caudal de un río que se había desbordado y cuya corriente lodosa y revuelta arrastraba árboles arrancados de cuajo, cadáveres de animales y pedazos de casas, cuando en eso distinguió en el torrente algo que lo impactó: un Sagrario de madera, que daba vueltas, flotando y hundiéndose, llevado por las aguas, sobreviviente de una capilla seguramente destruida por el río. Comenta el sacerdote que sintió angustia y ansias de aventarse a rescatarlo, pero era imposible, la corriente era fuertísima. No le quedó más remedio que quedarse en la orilla, impotente, contemplando aquello mientras decía: 'Mira nada más, Señor, lo que te pasó por venir a vivir entre nosotros, por haber querido compartir nuestras desgracias, ¡a Ti también te llevó tu casita el río!' Y dice que nunca antes sintió a Dios tan cercano, tan a su lado, y lloró conmovido, lágrimas que se mezclaban con la lluvia que seguía cayendo a cántaros.

Cuando contemples el Sagrario date cuenta de que contemplas la prueba de que Dios te ama tanto que quiso venir a compartirlo todo contigo, a ser tu vecino. ¿Te das cuenta? ¡Tienes por Vecino a Dios! Está aquí porque quiere estar cerquita de ti y no sólo compartir tus problemas (si no tienes luz en tu casa, Él tampoco; si ha habido robos, también a Su casa han entrado a robar...), sino ayudarte a salir adelante. Está aquí para romper tu soledad con Su compañía, para que sepas que puedes venir a saludarlo, contarle tus cosas, pedirle ayuda. Es verdad que Dios está en todas partes,

pero sabedor de nuestra naturaleza sensible quiso dejarnos Su presencia de manera palpable. Quien ha pasado un tiempo de oración ante el Sagrario -o mejor aún ante el Santísimo expuesto- siente un 'algo' muy especial, un crecimiento espiritual, un mayor amor hacia Dios. No hay un 'graciómetro' que mida cuánta gracia divina se recibe cuando se ora ante Jesús en la Eucaristía, pero es interesante saber que los santos y los Papas de todos los tiempos han recomendado muchísimo esta práctica. Teresa de Calcuta decía que a partir de que sus religiosas dedicaron un rato diario a orar ante el Santísimo, crecieron en paz, en amor, en alegría. ¡Que maravilla poder disfrutar de esta Presencia del Señor cuando queramos! y qué diferencia se siente cuando uno entra a otros lugares de culto donde no hay Sagrario: se siente un vacío, una ausencia...

Nunca veas el Sagrario sólo como mueble para guardar Hostias. Usa tu mirada 'en estéreo' y míralo como innegable señal de que Dios te ama tanto que quiso quedarse aquí por ti...



Ojo: Al pasar ante un Sagrario en cuyo interior haya Hostias Consagradas, haz, si puedes, una genuflexión (toca el suelo con una rodilla), para honrar al Señor, presente en ese Sagrario.

Altar

El altar es esa mesa grande, sólida, por lo general rectangular y de piedra, que ocupa el centro al frente de la iglesia. Pero no creas que se trata sólo de una mesa. Imagina esto: si hubiera en la iglesia un vehículo que te permitiera viajar a través del tiempo hacia el pasado, sería el altar. En el altar se celebra la Última Cena y el sacrificio de Cristo que se entrega por nosotros en la cruz para darnos Su Cuerpo y Su Sangre. No es que se vuelva a repetir la Última Cena ni tampoco, como creen algunos hermanos separados, que los católicos sacrificamos a Cristo una y otra vez. Lo que sucede es esto: quienes nos reunimos en Misa alrededor del altar participamos de ese único acontecimiento como si estuviéramos presentes en aquel momento, porque aquel momento se vuelve algo actual que rompe las barreras del tiempo y del espacio y sucede en el hoy y el aquí.

Por lo tanto, cuando veas el altar no lo veas sólo como mesa: usa tu mirada 'en estéreo' y ve en él un medio que te permite tener el privilegio no

sólo de presenciar sino de participar -tan presente como lo estuvieron los apóstoles- de lo que sucedió en la Última Cena y en el Calvario.

El altar es la mesa del banquete al que te ha invitado el Señor para darte el Pan que da la Vida. ¡Ninguna otra invitación, ningún otro banquete puede compararse a éste! Es una invitación completamente gratuita, sin que hayas tenido que hacer nada para ganártela (ante la mesa del Señor no hay dinero, poder o ‘palancas’ que valgan: todos somos iguales) y en ningún otro banquete se te da el propio anfitrión como alimento, y ¡qué alimento! Jesús dijo:

*“El que come Mi Carne y bebe Mi Sangre tiene vida eterna
y Yo lo resucitaré en el último día.” (Jn 6,54)*

Cuando contemples el altar sé consciente de que gozas de un privilegio extraordinario e inmerecido: contar con un lugar reservado en este banquete que te alimentará ¡para la vida eterna!

Un dato interesante: los primeros cristianos empleaban un altar móvil que colocaban sobre la tumba de los mártires que habían entregado su vida por Cristo; cuando comenzaron a construirse las iglesias, muchas de ellas se edificaron alrededor de un altar colocado cerca o encima de los restos de algún mártir. Actualmente se coloca la reliquia de algún santo dentro de un espacio (ara) destinado especialmente para ello en el altar.

El altar es la mesa donde se celebra el único sacrificio, la entrega de Cristo, pero también representa a Aquél que se sacrificó, es decir, el altar representa a Cristo. De ahí el respeto y reverencia que merece.



Ojo: Cuando pasas frente a un altar vacío, no debes hacer genuflexión, solamente una pequeña reverencia como señal de respeto a lo que el altar representa.

Ambón

Es una especie de atril grande o púlpito, fijo, a un lado del altar. Su nombre viene del griego ‘anabainein’ que significa ‘elevar’, porque en las primeras iglesias había que subir algunos escalones para llegar al ambón.

Se dice que en la Misa hay dos mesas: la mesa del Pan y la mesa de la Palabra. Pues bien, esta última es el ambón. Por eso, y para resaltar su dignidad, se pide que sea del mismo material del altar; también puede revestirse con un ornamento igual al que se usa sobre el altar.

Desde el ambón se realiza la 'Liturgia de la Palabra', es decir, se proclama la Palabra de Dios: se leen en voz alta textos bíblicos elegidos según un orden y secuencia que se comentará más adelante. También desde el ambón puede decirse la homilía.

Si existiera una cabina telefónica en cuyo teléfono pudieras escuchar a Dios decirte un mensaje especial, sin duda querrías tener la oportunidad de que tu Creador te dirigiera unas palabras. Pues bien, el ambón es algo así. Como hemos venido haciendo con todo, también aquí aplicamos la mirada 'en estéreo' para ver el ambón como uno de esos modernos aparatos de telecomunicación que tienen un altavoz que permite escuchar amplificada la voz del interlocutor, en este caso nada más y nada menos que de la voz ¡de Dios! que tiene para ti palabras de amor, de aliento, de esperanza, de paz.



Déjate inundar por la emoción de saber que Dios está a punto de hablarte a través de lo que se lea desde el ambón y cuando llegue el momento, no dejes que nada te distraiga...

Ojo: Desde el ambón sólo se debe leer la Palabra de Dios. Las moniciones y avisos parroquiales se deben hacer desde un atril móvil o de pie a un lado del ambón.

Crucifijo

Sobre el altar o en la pared detrás de éste debe haber un crucifijo, es decir, una cruz con una imagen o escultura que represente a Cristo crucificado.

Ahora que nos reunimos a celebrar la salvación que Cristo nos dio, es natural que tenga un lugar destacado el símbolo de dicha salvación: una representación de Cristo en la cruz.

Para quien se pregunta por qué en las iglesias católicas hay crucifijos si la Biblia prohíbe hacer imágenes según dice en Ex 20,4-6; cabe aclarar que ahí el Señor prohíbe a Su pueblo hacer imágenes de las criaturas y adorarlas como hacían los pueblos paganos, pero Jesucristo no es una criatura, es Dios, y Su representación en un crucifijo no está realizada con fines

idolátricos, no está hecha para ser 'adorada' sino para recordarle a los fieles a su Salvador.



Como ya se ha comentado antes los humanos somos seres sensibles, que nos relacionamos con el mundo a través de nuestros sentidos. La Iglesia sabe esto, y sabe que necesitamos toda la ayuda que sea posible para que logremos elevar nuestros ojos hacia Dios; por eso desde los inicios del cristianismo alentó la creación de hermosas imágenes y representaciones del Señor -tanto en pintura como en escultura- que aunque obviamente nunca lograrán captar en toda su dimensión al Autor de la belleza, cuando menos sirven como instrumento eficaz para que los fieles tengamos una idea de cómo era nuestro Señor cuando estaba entre nosotros y al poner nuestros ojos en Su imagen elevemos más fácilmente nuestros corazones hacia Él.

No veas el crucifijo simplemente como señal de que estás en una iglesia católica o como un símbolo cristiano al cual te has acostumbrado: contempla a Jesús en la cruz con tu 'mirada en estéreo' y con los ojos del alma mira a tu Señor en el Calvario y déjate impactar por esta certeza: Él aceptó padecer y morir en la cruz porque pensó en ti, en rescatarte a ti del pecado y de la muerte. ¡Tanto así te ama tu Señor!

Ojo: Cuando hay una cruz grande, fija, en la zona del presbiterio, no debe colocarse otra ni sobre el altar ni junto a él.

Sede

Se trata del lugar destinado a quien preside la celebración: un asiento especial que se destaca de los otros asientos que pueda haber detrás o a los lados del altar (que son para sacerdotes que concelebran y otros servidores).

La sede suele tener un atril móvil enfrente, porque el sacerdote que preside la Misa lee desde ahí algunas partes de la Misa (los ritos de entrada, la homilía, la oración universal, la oración final y la bendición).

Me decía un amigo que vivió muchos años en el extranjero en una ciudad pequeña donde no había sacerdote para celebrar Misa con regularidad, que ahora cuando entra a una iglesia y ve la sede lo conmueven dos cosas: en primer lugar, sentirse bendecido por contar con un sacerdote que celebra Misa diariamente, no sólo los domingos o de vez en cuando (un privilegio que, dice, muchos católicos dan por hecho y no aprecian lo suficiente), y, en segundo lugar -y esto es lo que más lo emociona- comprobar el amor y la confianza de Dios que lo mueve a permitir que un ser humano pecador lo represente, más aún, lo haga realmente presente durante la celebración de la Eucaristía. Desde que me comentó eso trato de preparar mi mirada 'en estéreo', para que cuando el sacerdote celebrante ocupe la sede, pueda verlo más allá de las apariencias, y sin importar si es gordo o flaco, alto o chaparro, pelón o peludo, si conozco sus defectos o incluso sus caídas, sepa descubrir en él a Cristo, el Único y Eterno Sacerdote, que intercede por nosotros, que nos da Su Palabra, que nos da Su Cuerpo y Su Sangre. Así, contemplar la sede produce siempre ternura y gratitud infinitas hacia un Dios que así como no tuvo empacho en despojarse de Su condición divina para hacerse semejante a nosotros en todo excepto en el pecado (ver Heb 4,15), tampoco tiene inconveniente en hacerse presente entre nosotros a través de seres humanos falibles y pecadores a los cuales convierte en objeto y fuente de Su infinita misericordia.

Ojo: Sólo el sacerdote que preside la Misa puede ocupar la sede.



OTROS ELEMENTOS IMPORTANTES

Cuando te invitan a comer en casa de alguien y llegas y ves que todo está dispuesto con mucho gusto y cuidado: que hay flores, que la mesa tiene un bonito mantel, una vajilla especial e incluso velas, eso te hace sentir que te esperaban, que te reciben con gusto y que quieren darte lo mejor. Pues bien, cuando llegas a Misa mira todo lo que está listo y dispuesto para la celebración y date cuenta de que ha sido puesto con cariño para ti, porque el Señor te ha estado esperando con ilusión y quiere hacerte sentir que tú eres Su invitado de honor...

Las velas

Sobre el altar o cerquita de él suele haber cuando menos dos candelabros cuyas velas o cirios se encienden antes del inicio de la Misa. ¿Qué sentido tiene esto? No es para ‘espantar las malas vibras’ (los católicos no creemos en semejante cosa) ni tampoco para crear un ambiente ‘nocturno’ porque se está celebrando la ‘Última Cena’ del Señor. La luz de las velas nos recuerda que Cristo dijo:

“Yo soy la Luz del mundo” (Jn 8,12).

Cuando te agobia la preocupación, el dolor, el miedo, la angustia, la depresión, la desesperanza y te sientes como rodeado de oscuridad, estas velas encendidas te recuerdan que el Señor es Luz que rompe toda tiniebla, que el Señor fue capaz de penetrar la negrura más terrible, la del sepulcro, y destruirla, así que no hay situación en tu vida que no pueda iluminar, que no pueda transformar en camino de luz y de vida. Mira las velas encendidas y recuerda lo que el salmista le dice al Señor:

*“Aunque camine por cañadas oscuras nada temo
porque Tú estás conmigo”* (Sal 23,4).

Así como cuando hay una tormenta en la noche con rayos y truenos y la luz eléctrica parpadea y se presiente que habrá un apagón, uno saca las velas para tener la tranquilidad de que no se quedará a oscuras, la Iglesia nos invita a anhelar siempre la cercanía de Aquél que es el Único capaz de iluminar verdaderamente nuestra vida y desterrar toda sombra.

*“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?”* (Sal 27,1).

La luz de las velas también nos recuerda que, como miembros de Su Iglesia Jesús nos llama a iluminar nuestro mundo:

“Ustedes son la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo de un mueble, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así la luz de ustedes delante de los hombres...” (Mt 5,14-16a).

Estamos llamados a ser antorchas para iluminar el camino a otros, para hacerlos encontrarse con Aquél que es capaz de derrotar sus tinieblas y llenar sus vidas de luz.

Por último, no se puede excluir el significado festivo de las velas encendidas, su belleza, cómo transforman el ambiente en algo íntimo, acogedor. Cuando un galán quiere conquistar a una muchacha, suele invitarla a cenar a algún lugar especial, a la luz de las velas. Pues bien, al entrar a la iglesia y ver las velas encendidas date cuenta de que el Señor es el Amoroso, el que te ama más que nadie en el mundo, el que te ama desde antes de que existieras y que ahora te ha invitado a cenar a Su casa, a la luz de las velas, para hacerte sentir todo lo que significas para Él, y conquistarte...

Las imágenes

En una iglesia católica siempre encontrarás cuando menos una imagen de la Virgen María, y quizá también una o más imágenes de santos. Ello se debe a que desde el Segundo Concilio de Nicea, en el año 787 se definió la legitimidad de la veneración de imágenes sagradas y se reconoció la validez de éstas como instrumentos que favorecen el encuentro con Cristo, con la Virgen María y con los santos.

Esto significa que los católicos tenemos imágenes (tanto pictóricas como escultóricas) en nuestras iglesias de la misma manera que las personas acostumbran tener fotografías de sus seres queridos en sus casas o lugares de trabajo: porque el verlas les permite recordar a la persona retratada. Cabe hacer notar que no están ahí para ser adoradas: la Iglesia Católica enseña claramente que sólo a Dios hay que adorar. Las imágenes, hay que insistir en ello, son sólo instrumentos que nos ayudan a tener presentes a quien o lo que representan.

Ante las imágenes suele haber mesitas con veladoras encendidas. Los fieles las encienden como expresión tangible de que solicitan la intercesión del santo o santa que la imagen representa. Como los católicos creemos en

la 'comuni3n de los santos', es decir, que la Iglesia est1 formada por quienes estamos en la tierra y quienes ya gozan del cielo, es natural que as1 como aqu1 pedimos a nuestros familiares y amigos que oren por nosotros, tambi3n pidamos que oren por nosotros nuestros otros familiares y amigos: los santos, nuestros hermanos mayores en la fe que nos comprenden porque vivieron en este mundo y sufrieron tentaciones y penalidades igual que nosotros, pero ahora ya gozan de la presencia del Se1or.

Es pertinente aclarar que los cat3licos no creemos que Mar1a y los santos sean 'dioses', si nos dirigimos a ellos es para pedir que oren por nosotros, tal como se lo pedimos a nuestros hermanos en este mundo.

Recordemos que San Pablo invita a los cristianos a orar por 3l (ver Rom 15,30), que en otro lugar la Escritura afirma que la oraci3n de un justo es muy eficaz (ver Stg 15,16) y que los 1ngeles ofrecen a Dios las oraciones de los santos (Ap 5,8).

Cuando est3s en la iglesia contemplando las im1genes que haya a tu alrededor, usa una vez m1s tu mirada 'en est3reo' para ver m1s all1 de lo puramente material y ver en ellas un recordatorio de que t1 formas parte de una inmensa familia que te rodea aqu1 y ahora, te acompa1a y ora por ti. Siente c3mo te cobija ese amor que te llega a trav3s de los siglos.



En relaci3n con las obras de arte que abundan en las iglesias cat3licas (frescos, esculturas, vitrales, etc.) cabe tener presente que gracias a que la Iglesia Cat3lica ha apoyado la creatividad de maravillosos pintores, escultores, orfebres, arquitectos, etc. mucha gente ha podido tener una idea m1s clara de cuestiones centrales en la vida de la fe, que de otro modo le hubieran resultado inasibles. Se puede afirmar que hoy tenemos una clara idea del aspecto de Jes1s y de Mar1a -por citar un ejemplo- gracias a que alguna vez en la vida hemos visto y admirado alguna de las innumerables creaciones art1sticas que la Iglesia Cat3lica ha sabido encomendar, apreciar y sostener a lo largo de los siglos.

Como ya se mencion3 antes, los humanos somos seres con sentidos, que necesitamos ver, tocar, palpar las cosas, y las im1genes religiosas lejos de

promover la idolatría, ayudan al creyente a tener algo que le sirva como de ‘trampolín’ para elevar su alma. Vivimos en un mundo cada vez más ‘audiovisual’ y hay que reconocer que esto ofrece a los fieles un medio que puede enriquecer enormemente su vida espiritual.

Da pena un lugar de culto despojado de todo símbolo religioso, con las paredes vacías. Parece teatro o auditorio...

Las flores

En nuestra cultura indígena prehispánica la flor tiene una importancia vital: en el idioma náhuatl el concepto de ‘verdad’ se expresa como ‘lo que está sólidamente fundado, lo que tiene raíces’, y el concepto de ‘flor’ corresponde a ‘lo más bello de lo que tiene raíces’. Por lo tanto se considera que la flor es manifestación de Dios, de Su Verdad, de Su Belleza y Amor.

Por otra parte, desde los primeros tiempos del cristianismo se consideraba que las flores eran expresión de la belleza y perfección de la Creación, y que servían tanto para recordar el Jardín del Edén como para alentar la esperanza de gozar un día del Paraíso.

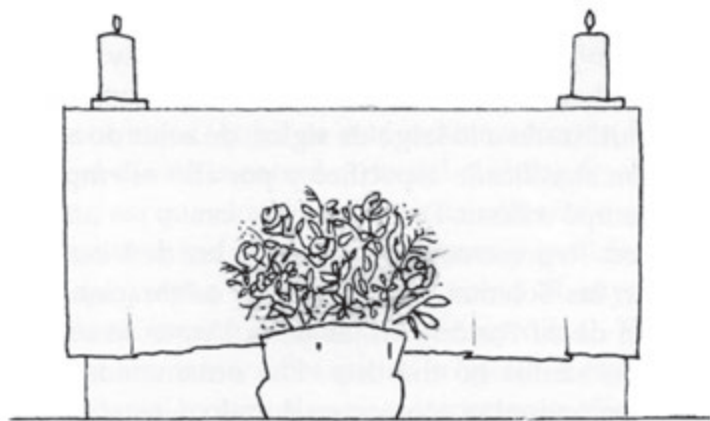
Las flores nos permiten contemplar un pedacito de la Creación, sabernos creados por Aquél de cuyas manos han salido lo mismo las galaxias que los delicadísimos pétalos de las rosas. Y no sólo eso: las flores nos sirven como recordatorio de la amorosa Providencia Divina, recordemos lo que dijo Jesús:

“¿Quién de ustedes puede, por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida? Si, pues, no son capaces ni de lo más pequeño, ¿por qué preocuparse de los demás? Fíjense en los lirios, cómo ni hilan ni tejen. Pero Yo les digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, Dios así la viste ¡cuánto más a ustedes, hombres de poca fe! Así pues, ustedes no anden buscando qué comer ni qué beber, y no estén inquietos...” (Lc 12,27-29).

Así pues, las flores no están ahí sólo para decorar, sino también para recordarte que el mismo Señor que es capaz de crear y dar vida a esta belleza, es el que te creó a ti y te sostiene en la palma de Su mano.

Se ponen flores en la iglesia como una especie de ofrenda para expresar amor y devoción hacia Dios, pero no hay que olvidar que, como todo en la vida, las recibimos primero de Él, así que son clara muestra de que el Señor

nos amó primero, y nos llamó a la existencia en un mundo hermoso que llenó de flores.



Ojo: No sobra decir que las flores que se emplean en la iglesia deben ser naturales y frescas (pues una maceta con flores de plástico llenas de polvo o un jarrón lleno de crisantemos marchitos y agua hedionda en lugar de inspirar al creyente lo hacen querer ¡expirar!).

Resulta recomendable que durante la Cuaresma no se decore con flores el altar, para que su evidente ausencia sea un signo que hable a los fieles de que se está viviendo un tiempo penitencial.

El color

Vivimos en un mundo de colores y nos hemos acostumbrado a asociar ciertos colores con ciertas ideas y emociones. Si vemos un gran moño azul afuera de una puerta en la sala de maternidad de un hospital, sabemos que adentro hay una mamá que dio a luz un varón. Si en México vemos una casa decorada con tiras de papel verdes, blancas y rojas, sabemos que están celebrando las fiestas patrias, y así en todo.

En la Iglesia también se aprecian y emplean los colores. La elección del color de las vestiduras que usan los ministros, no obedece a un capricho del momento (como por ejemplo, que al celebrante amaneció con ganas de revestirse de rojo, o ya le cansó el verde y quiere variarle tantito vistiéndose de morado), sino que se sigue una tradición que la Iglesia ha utilizado a lo largo de siglos, de acuerdo con la cual, cada color tiene un significado específico, y por ello es empleado en un particular tiempo o fiesta. Dichos colores son:

El blanco. Representa la divinidad, la luz de Dios.

Se usa en las Solemnidades y fiestas, celebraciones del Señor (que no sean de su Pasión); en las de la Virgen María; los santos ángeles y los santos no mártires. Los ornamentos y vestiduras blancas suelen presentar adornos en dorado o, en el caso de fiestas marianas, en azul. No sólo los sacerdotes usan el blanco en las fiestas: también los fieles lo empleamos. El blanco está presente de manera significativa en lo que usan quienes reciben los sacramentos (por ejemplo: el ropón del bautizado, el vestido de Primera Comunión, el traje de la novia).

El rojo. Expresa sangre, martirio y también fuego.

Se usa el Domingo de Ramos, el Viernes Santo, en Pentecostés; también en las celebraciones relacionadas con la Pasión del Señor; fiestas de apóstoles, evangelistas y mártires.

El verde. Representa la esperanza que mantenemos cada día.

Se emplea la mayor parte del año, en el 'tiempo ordinario', cuando no hay una Solemnidad o una celebración especial.

El morado. Expresa espera, preparación, purificación interior para lo que viene.

Se emplea durante las cuatro semanas previas a Navidad y durante los cuarenta días previos a la Pascua. Cabe comentar que en dos ocasiones durante estos períodos (en la tercera semana previa a Navidad y en la cuarta semana anterior a Pascua), se emplean vestiduras rosas en lugar de moradas; como que la Iglesia atempera un poquito el rigor del morado y en anticipación de la gran fiesta que se acerca, permite que se empleen ornamentos color de rosa.

El morado también expresa luto, por lo cual suele usarse en Misas de difuntos.

Observar el color de los ornamentos, te permite darte cuenta de lo que se está celebrando: por ejemplo, si ves que los ornamentos son rojos, quizá se está conmemorando la muerte (o mejor dicho, el día de la entrada triunfal al cielo) de algún santo o apóstol mártir, así que el ratito que queda antes de que empiece la Misa puedes encomendarte a sus oraciones y pedirle que ruegue por ti para que sepas tener un valor como el suyo para vivir cristianamente en un mundo que lo hace muy difícil. Si ves que los ornamentos son morados, sabes que en la Iglesia se está viviendo un tiempo de preparación para algo muy importante: siéntete invitado a aprovecharlo para reflexionar, orar más, crecer en amor hacia Dios y hacia los otros.

Si quieres saber el color que se emplea en la liturgia de determinado día puedes consultar un misal o un calendario litúrgico.

Lo feo

Quizá sorprende que incluya dentro de los elementos presentes en una iglesia un apartado dedicado a 'lo feo', pero es que resulta inevitable descubrir entre todo lo que hay en una iglesia algo que nos parece feo: puede tratarse de una imagen mal hecha, un florero cursi, un adorno exagerado, en fin. ¿Qué hacer en esas circunstancias? Quisiera compartir contigo mi experiencia: solía acudir a Misa a cierto lugar en el que siempre ponían unos arreglos florales sobre el altar que me parecían horriblos. Eso me hacía 'corto circuito' hasta que un día hice esta reflexión: con ese arreglo tan horroroso que 'presume' de bonito y por eso está en el altar sucede como cuando pecamos y en lugar de reconocer nuestra caída nos llenamos de soberbia y nos creemos 'buenitos' y venimos aquí a pretender estar muy cerca del Señor, aunque en realidad traemos tremenda fealdad a costas: rencores, injusticias, mentiras, intolerancias, es decir, faltas contra el amor, es decir: pecados. Desde entonces, cuando veo algo feo en una iglesia, aprovecho para pedirle al Señor que así como me choca eso tan feo y lo encuentro incompatible con lo bello de este lugar, así también me choque el pecado, mi pecado, y lo encuentre incompatible con lo bello de ser cristiano.

También hice esta otra reflexión: ¡qué maravilla que aun algo tan horrible tenga cabida en la iglesia! Eso me recuerda que aun en nuestras peores miserias, cuando estamos sumidos en el pecado el Señor nos permite estar aquí, cerca de Él, nos acoge; que así como no avienta lejos este adfesio para quitarlo de Su vista, no nos arroja nunca de Su lado a nosotros.

Desde entonces cada vez que veo en una iglesia algo que me parece feo ya no me atrevo a criticarlo ni permito que me incomode o distraiga: considero que está ahí como un recordatorio de lo feo del pecado y lo maravilloso de la misericordia infinita de Dios, que nos pide que no pequemos no porque si pecamos nos deje de amar, sino porque el pecado nos 'afea' el alma, nos envilece, quebranta todo lo bello y bueno que Él sembró en nosotros cuando nos creó.

Otro elementos más

Así como cuando vas a una casa y unos juguetes tirados te indican que hay niños, o unos aparatos de ejercicio muestran que hay un deportista en esa familia, así sucede en la iglesia, si echas un vistazo alrededor descubrirás

otros elementos que dan un mudo testimonio de lo que aquí sucede. Por ejemplo: la Pila Bautismal hace patente que aquí muchos han comenzado su vida como hijos de Dios. El Confesionario, o la capillita penitencial, nos recuerda que tenemos un Dios que, como el papá del hijo pródigo (ver Lc 15,11-32) nos sale al encuentro para envolvernos en Su abrazo porque está siempre dispuesto a perdonarnos. El lugar especial donde se guarda el óleo santo para la Unción de Enfermos nos conforta con la certeza de que el Señor sigue visitándonos y consolándonos cuando sufrimos; el órgano nos anuncia que aquí se hace una música que es símbolo de la iglesia, porque a partir de muchos sonidos distintos, algunos incluso discordantes, se logra crear una bella armonía. En fin, que todo aquí nos habla de que ésta es la casa de una inmensa familia que tiene una vida espiritual rica e intensa...

Alguien comentaba un día que es delicioso que la Iglesia Católica nos ayuda a relacionarnos con Dios con todo lo que somos, y cada uno de nuestros cinco sentidos percibe algo bello que ayuda al alma a elevarse: la luz de cirios y veladoras; las flores, los vitrales, las imágenes, los colores de los ornamentos; los cantos, la música, la cadencia de las oraciones susurradas; el aroma de las velas, del incienso, de las flores; la unción con óleo santo, la imposición de manos, el signo de la paz; el sabor tan especial del Cuerpo y de la Sangre del Señor...

Los que creen que los sentidos 'corporales' estorban para alcanzar fines espirituales ¡no han visitado nunca una iglesia católica! Aquí no hay división entre 'cuerpo' y 'espíritu', aquí se nos acoge en cuerpo y alma, y así se nos hace sentir bienvenidos y así se nos invita a relacionarnos con Aquél que nos convocó.



IR A MISA

¿para qué?

Este libro de Alejandra María Sosa Elízaga, responde preguntas que mucha gente hace en relación a la Misa: ¿para qué ir?, ¿qué hay en ella para mí?, ¿cómo puedo de veras disfrutarla?

Con ese estilo característico de la autora que conjuga conocimiento profundo con una manera muy sabrosa y sencilla (“aterrizada” dicen sus lectores) de comunicarlo, esta obra se dirige tanto a los que saben como a los que no saben qué es la Misa, pues a todos los invita a recorrerla como por primera vez, paso a paso, “no como turistas sino como peregrinos”, relacionando cada parte de esta celebración con su vida cotidiana y animándolos a descubrir y aprovechar los infinitos dones con que Dios va colmando a todos los que aceptan la invitación a Su banquete...

